

Los gatos no tienen dueño

Marta Armingol Armañac

Son solo las dos cuando Elena se despierta sobresaltada. Dani aún no ha llegado, no lo hará hasta pasadas las tres y media, cuando cierre el bar. Eso la tranquiliza. Es la tercera noche consecutiva que el insomnio la encuentra en una cama a medias. Mira el despertador, siempre la misma rutina, se levanta, va hasta el baño y se baja las bragas. Sentada en el váter se le duermen las piernas y su anular izquierdo palpita pidiendo auxilio, pidiendo salir. El anillo que él le regaló se encoge cada noche, el dedo se le hincha y no es la primera vez que brilla sin brillo en la oscuridad.

Su novio no llegará hasta dentro de dos horas, quizá algo más; no acaba hasta que echan el cerrojo, es lo que le dice siempre aunque ella ya no pregunta. Cojea hasta el lavabo y sumerge el dedo en agua fría hasta que la inflamación remite; después de aplicar cinco minutos de jabón, sale y lo deja sobre la mesa de la cocina junto a las naranjas que él desayuna.

Aunque las ventanas están abiertas no corre el aire, el calor se ha instalado dentro de casa, pero eso no le

impide comenzar a vaciar cajones. Su gata la mira; deberían estar durmiendo, fingiendo que lo hacen para cuando él llegue, sin embargo se mueve de forma mecánica mientras mete en una caja todos sus libros y todo aquello que le pertenece. Las maletas verde y la morada son las suyas, al abrirlas encuentra el certificado de autenticidad del anillo. “Guárdalo bien, es lo que mantiene su valor”, le dijo cuando se lo regaló. Lanza su ropa encima, hasta que lo cubre por completo. Después busca a Sima para meterla en el trasportín. No está en el sofá, no está en el baño, no está en ninguna parte en un piso de cuarenta metros, hasta que agita su bolsa de galletas y saca la cabeza de entre los cartones.

Todas sus cosas han cabido en la parte de atrás del coche y se han dispuesto para marchar a casa de sus padres. Sin dejar una nota, sin dejar una sola duda. Dani no se atreverá a ir a buscarlas, no después de la última visita. Abandona las llaves sobre el mueble del recibidor y echa un último vistazo, el apartamento le parece más pequeño. Hace tiempo que Madrid se les estaba quedando grande.

Cuando su novio le entregó el anillo dijo que no importaba cuánto le había costado, que era una inversión de futuro. Una inversión que les ha dejado con cuarenta euros hasta llegar a fin de mes; saldo cero en Cuatro Caminos. El coche llevaba aparcado más de un mes, en reserva. Para largarse de allí y huir del alquitrán va hasta la gasolinera de Bravo Murillo. No hay nadie a esas horas, solo un señor detrás de un reja que le cobra a más de un euro el litro de combustible. Necesitará café,

son casi cuatrocientos kilómetros, luego treinta y cinco euros deberían de bastar.

Abandonar la ciudad de madrugada le hace sentir como una animal que no se ha adaptado a vivir en cautividad. Un animal salvaje de ojos brillantes al borde de una cuneta. Temeroso y relegado. Frena en un semáforo en el que no pasa ningún coche y acelera en vacío pero sigue inmóvil: es una liebre que, en cualquier momento, podría salir corriendo para salvarse o morir aplastada.

En la M30 no hay cielo, solo edificaciones erguidas en vertical y el silencio que permiten los pocos coches que, aún a esas horas, circulan. Le adelanta un taxi, sin riesgo de aplastamiento, pero se sobresalta por el sonido del claxon. Carril de la izquierda a cincuenta no parece la mejor opción.

Madrid nunca se acaba, los bloques de pisos no tienen fin. Intenta sacar cuentas: veintinueve litros de gasolina, trescientos y muchos kilómetros, siete litros a los cien. No tiene ni idea, pero cree que llegará. Debe creerlo.

Son casi las cuatro y Dani estará a punto de llegar a casa. Baja las ventanillas y entra un soplo fresco que huele fatal. Dentro de la penumbra del coche solo quedan las luces del cuadro y los ojos felinos de Sima demandando una explicación. Le inquieta que a su gata se le vuelva a caer el pelo de detrás de las orejas, que vuelva a ayunar durante ocho días, que sobreviva a este cambio.

Es domingo de ventanas encendidas. Dentro estarán los que viven rodeados del amparo que dan cuatro paredes; el joven borracho que entra de puntillas y tropieza con

el jarrón de la entrada, el doctor llamador de urgencia, la insomne frente al frigorífico amarrada a una tableta de chocolate mientras piensa en cómo llegar a final de mes.

Elena lleva trabajando de nueve a seis en un edificio de hormigón gris, de lunes a viernes, en verano y en invierno, desde hace dos años. Él siempre la iba a buscar a la salida. Un mes de vacaciones. Tres semanas en agosto. Las mismas que su chico, aunque pudiese elegir. Llegaron a la ciudad en medio de la euforia desatada por la victoria de la selección, habían ganado la Eurocopa. Este miércoles España ha perdido el primer partido de su estreno en el mundial, entre las selecciones que ganaron el torneo jamás ninguna perdió ese encuentro. Eso no importa, Dani cree que España será campeona del mundo este año. Ella no lo cree y por eso se marcha antes de la derrota.

No hay quien lo aguante.

No le gusta el fútbol, pero el otro día la dejaron salir antes del trabajo para ver el partido y nadie la pudo ir a buscar. La gente fue al bar con la misma inercia que veintidós hombres corren tras una pelota mientras conquistan el mundo. Un mundo controlado por el golpeteo constante, a patadas, de una esfera. Por supuesto, ella no fue. No se cree mejor ni peor por ello, pero no se sentía bien. En la gran ciudad su relación no acababa de ir del todo bien, pero desde que él empezó a trabajar en el bar llevaban tres meses de auténtica mierda.

Vinieron hasta aquí para vivir su aventura. “Tú y yo,

solos”, le dijo. Con la carrera recién acabada a lo máximo que pudieron aspirar fueron a mil euros al mes. Con eso no viviréis, les dijeron. Con esto no vivimos; se dio cuenta. Pero se quedaron, defendiendo el derecho a vivir su sueño, renegando de su tierra. Los Monegros quedaban muy lejos y pequeños desde la capital.

De forma automática comienza el ronroneo, como cada noche cuando se oyen las llaves girar. Su padre le dijo que “la vida nocturna no es futuro”; cosas de viejo. Ahora con el dinero justo para llegar a casa cree en esa sabiduría diabólica, pero reconocerlo será otra cosa. Vibra el móvil y la llamada salta al manos libres llenándolo todo de un impertinente sonido que absorbe en una sola bocanada el poco oxígeno recuperado. La gata está ronroneando más fuerte cuando el ruido cesa, apaga el teléfono y Sima se apaga con él.

Detiene el coche en cuanto puede. Baja. Respira. Lejos de la ciudad hay más oxígeno. Son casi las cinco de la madrugada y un cartel avisa: Zaragoza 257. Por la A2 solo hay camiones; lentos gigantes que deslumbran con sus faros y la hacen sentir diminuta. Por suerte la Comunidad de Madrid ha quedado atrás después de una hora de viaje. Dentro de poco el día comenzará a clarear.

Sus padres tienen un perro y dos gatos, no sabe cómo se adaptará Sima a vivir con ellos. Lo ideal hubiera sido contar con un remanente y poder volver a empezar, haber alquilado un piso y tener un nuevo territorio que defender. La realidad son cinco euros en el bolsillo para café; para combustible.

El día que su chico le regaló el anillo le dijo que no podría ir a buscarla al trabajo, que debía quedarse en la empresa un par de horas más. Era una tarde de primavera con sol y sin pájaros y deambuló tranquila, sin prisa por volver. Al entrar, el apartamento olía a cera y estaba lleno de velas que se habían derretido durante la espera. Dani se enfadó. No fue romántico, pero tenía la joya comprada y le pidió que estuviesen juntos para siempre. Le puso el anillo en el dedo anular izquierdo y, antes de que pudiesen besarse, la gata se abalanzó sobre su mano intentando morderlo.

No debería haberlo dejado, podría haberlo vendido y así conseguir el dinero que necesita. Por suerte el coche era suyo, una chatarra del año noventa y seis, pero su chatarra. Él no tiene con qué seguirla. No tiene coche. No le queda dinero. Además le lleva más de una hora de ventaja, sin embargo cree escuchar sus insultos desde allí. La está llamando zorra, como siempre. Porque eso es lo que es: una zorra de las que viven agazapadas en las márgenes de las carreteras esperando su momento para cruzar. Una zorra astuta, quiere creer.

Sima es un reloj que cada día a las seis de la mañana pide galletas. Tiene que detenerse. Elena es un reloj que a las seis de la mañana pide café. Al levantar el pie del acelerador le ha sobrevenido todo el cansancio acumulado de las últimas noches en vela, de la huida. Ha entrado en Aragón y al sentirse más cerca de casa la musculatura parece haberle dado un respiro. Castilla es vasta, pero también se ha acabado.

El calor anuncia que será inminente, pero en la estación

de servicio de Cetina todavía les respeta. Echa por la ranura del trasportín tres galletas para la gata y va hasta el bar: pincho de tortilla y café con leche, tres cincuenta.

Doscientos kilómetros, ya no queda nada.

En el baño mete la cabeza debajo del grifo de agua fría; necesita mantenerse despierta. Su coche no tienen aire acondicionado y el sol ha salido sin piedad. Antes de arrancar enciende de nuevo el móvil que tintinea varias veces dando aviso de llamadas perdidas, lee un solo mensaje de los que aparecen en pantalla: “NO HAGAS GILIPOLLECES”, y lo apaga de nuevo.

A los animales los viajes no les sientan bien, la gata tan solo ha tragado una de sus galletas. Algo así no ocurría desde las primeras semanas en Madrid cuando apenas comía y devoraba sin ningún criterio la malla roja de las bolsas de naranjas que, luego, se convertía en vómito rojo. Se daban cuenta cuando Dani lo pisaba y comenzaba a gritar por toda la casa que “por qué coño había tenido que traer al puto gato”.

Se siente cansada al volante y sintoniza una emisora. Elena no está acostumbrada a oír programas matinales de radio los fines de semana. No los conoce, jamás los ha escuchado. Durante los dos últimos años a esas horas aguardaba a que su chico se despertase, agazapada en la cama, apenas sin respirar para no hacer ruido, hasta que él se ponía encima y la penetraba. Después, pasadas las once, bajaba a comprar cruasanes mientras ella se daba una ducha.

Hablan y hablan, pero ella no atiende. Solo desea que

la carretera avance, que las líneas blancas intermitentes se acaben. Sujeta el volante con tanta fuerza que le sube un hormigueo hasta el cuello y tienen que desacelerar; el viejo coche había alcanzado más de ciento cuarenta y los carteles que avisan: velocidad controlada por radar, se suceden cada poco.

El anillo le ha dejado marca. Tuvieron que hacérselo más pequeño porque al principio se le caía y Sima apunto estuvo de engullirlo en un par de ocasiones. Después le apretaba. Con el calor los dedos se le hincharon y su mano parecía a punto de explotar. Para ella dejar el anillo sobre la mesa ha supuesto una liberación que ha permitido que la sangre le circule de nuevo por toda la palma. Por su mano abierta. No le importa mucho su valor y sin embargo sabe que de haberlo traído contaría con algo de dinero. Le da igual que se lo regale a otra si la encuentra, aunque mejor que no lo haga.

Desde que ha entrado en Aragón observa el tráfico en dirección contraria y cree que son más los que se van. En dirección a Madrid la carretera está condesada. Es totalmente de día y el sol comienza a dibujar piscinas negras sobre el asfalto; Elena se zambulle en ellas, en la soledad de los últimos meses, y se esfuerza por salir. En los campos los tractores trabajan, es tiempo de cosecha y huele a alfalfa recién cortada; le encanta ese olor porque de niña llegaba a los pies de su cama antes que el sonido de las máquinas

La aguja de la gasolina ha bajado, le queda algo menos de un cuarto de depósito cuando divisa los primeros molinos eólicos. Son molinos gigantes; siempre hacía

esa broma cuando viajaban con Dani, él nunca se reía, solo se quejaba: “el viento en esta tierra es un toca cojones”. Al menos aquí se respira, piensa. Empieza a respirar. Se siente regresada a la ínsula. Es allí donde quiere quedarse, pero tendrá que pedir dinero a sus padres. La realidad se cuenta en un euro y medio y la gasolina que no sabe si alcanzará.

Toma la salida de Sariñena para, ahora sí, adentrarse por fin en Los Monegros. A pesar de que son poco más de las siete de la mañana los ciclistas ya han tomado la carretera y los tractores regresan a las cooperativas cargados de hierba. La circulación ya no es de autovía, es una circulación autonómica.

El paisaje desértico sobrepasa la comarca y rodea Zaragoza. La tierra amarilla se abrasa bajo la insistencia del último sol de primavera; solo falta una semana para que empiece el verano y, sin embargo, parece llevarles días de ventaja. No será complicado encontrar un trabajo de lo que sea, pronto.

Sima comienza a maullar, seguramente se siente incómoda y necesita beber agua o hacer sus necesidades, pero falta poco. “Tienes que aguantar. Ya casi estamos”, le dice. La luz de la reserva se ha encendido y todavía faltan más de cincuenta kilómetros para llegar, así que no tiene más remedio que minorar la marcha. Como mínimo tienen que alcanzar a cruzar la sierra. Al otro lado estarán en casa.

Al llegar a Leciñena duda si jugársela o no, la reserva no llegará mucho más allá de cuarenta kilómetros y hace un rato que se ha encendido, además arriba no hay

cobertura, allí no podrá llamar a nadie. Pero no para, ahora sabe que no se puede parar, por mucho que el pobre animal le esté pidiendo a gritos salir de su cárcel.

Comienza a subir la sierra, tan solo son unos diez kilómetros y cambiará de provincia, estará en Huesca. La gata comienza a arañar la paredes del trasportín; comienza el proceso de cambio de territorio. No lo va a soportar. Elena trata de no pensar en ello, centrándose en la carretera marcada por las amapolas, rojas y salvajes, resistentes. Pero no va a ser fácil, un maullido ronco y desesperado le hace apretar el acelerador olvidándose de que apenas le queda combustible.

Comienza a bajar, llegará con la inercia. Se ha acostumbrado a los quejidos y ya no le molestan. Es mejor así, piensa. La esperanza la atrapa una vez pasado Alcubierre. Son casi las ocho de la mañana y ya está en casa. Ya está a salvo. Sima ya no maúlla y, de repente, dentro del coche huele fatal. Aparca en la gasolinera, en medio de la nada, y descubre a la gata con los ojos muy abiertos junto a una montaña de vómito. Está en una esquina del trasportín tratando de no ensuciarse. Sube las ventanillas evitando que huya y le abre para que pueda buscar un sitio en el que acicalarse. De nuevo se comió la malla de las naranjas, la masa es una bola roja. La recoge con un par de pañuelos de papel, no sin sufrir alguna que otra arcada, y al introducirla en la bolsa de plástico palpa algo duro. “Pero qué coño te comiste, marrana”, dice mirándola.

Mete la mano y aprieta sobre la celulosa. Va dándole pequeños pellizcos cuando siente como algo entra en

uno de sus dedos: es el anillo. No se lo puede creer. Lo empuja hacia arriba y lo recoge en un pañuelo limpio. Sima está acomodada en el asiento de atrás, inmersa en su turno de aseo: se lame una pata de delante y luego se lava la cara, se lame la otra pata y luego se lava la cara.

Tiene que bajar del coche para llenar los pulmones de aire puro. Aprieta el puño con fuerza y coge impulso con la intención de lanzarlo lejos. Pero se detiene. Contempla los cultivos, los yermos y el páramo mientras la sierra, al fondo, anuncia con nubes un posible chaparrón. Abre la mano y mira el anillo. El sol aplacando y sofocándolo todo. Ya no le duele el último golpe recibido en la barbilla. Fue el primero y el último, se lo juró a sí misma. Elena se siente fuerte sobre esa tierra, algo más que una sombra cayendo sobre el suelo. Mira al frente, luego a su mano, la aprieta y entiende que, donde algunos solo ven desierto, ella acaba de descubrir el mar.